

# **Si querés, voy yo...**

**Un cuento de Alejandro Brossard**

Nunca hubiera podido imaginar que al ingresar a ese Banco me sucedería lo que me sucedió. Quiero relatarlo, para que otros no tengan que sufrirlo.

Al entrar, un señor, aparentemente de Informes, muy amablemente me consultó a donde deseaba dirigirme.

- Voy a Suscripción de Inversores. -

- Muy bien. Siga el pasillo derecho y doble en la segunda entrada a la izquierda. Cuando se encuentre con una escalera, no la suba o saldrá al edificio de la Intendencia. Siga por el costado, baje los escalones y se va a encontrar con un ascensor.

- Lo tomo. -

- No. Ese es el Montacargas. Siga por el pasillo y entonces encontrará dos ascensores. Cualquiera la lleva al piso 25. Allí le indicarán. -

- Gracias.- Pronuncié muy débilmente y no muy convencida de haber entendido el camino a seguir. Pero debía llegar a esa oficina. Así que me armé de valor y comencé mi caminata.

El problema se originó al llegar a la segunda entrada a la izquierda. Estaba clausurada por no se que arreglo. Así que, en ese sitio, un señor... En realidad parecía la misma persona que me había atendido en la entrada, pero con otro traje... Pero no estaba muy segura. Este, ¿hermano gemelo del anterior?, también muy amable, me explicó que podía seguir derecho y en el quinto pasillo, no estoy del todo segura si era el quinto, doblara a la izquierda y al final del mismo encontraría un ascensor.

- Con ese llego. -

- No señorita. Por ese usted va al piso 22 pero del edificio "Juan José Paso". En ese va a encontrar un corredor que comunica el piso 22 con el 18 del "Hernandarias". En ese lugar toma el ascensor y sube al piso 29. Al bajar debe ir al pasillo tercero a la derecha del ascensor que la comunica con el piso 27 del "Belgrano". Deberá entonces bajar hasta el piso 25 y en ese lugar le indicarán. -

Me debo haber quedado varios segundos con la boca abierta, en algún tipo de ridícula mueca, ya que el hombre se fue protestando entre dientes diciendo para que le consultaban si después ni las gracias le daban.

Inspiré hondo y traté de avanzar por ese laberinto bancario.

Cuando llevaba algo así como media hora subiendo y bajando por distintos ascensores, jamás tome el mismo dos veces, me senté en un sillón de un pasillo bastante desolado. Ya comenzaba a preocuparme pues debía salir de ese lugar con el trámite realizado y poder llegar a mi turno con el médico.

De pronto apareció un muchacho. Me incorporé y le pregunté por la

oficina que buscaba.

- Lo siento. Yo no soy empleado. Estoy buscando el edificio "Dorrego" desde hace una hora y media y ya no tengo la mas remota idea de donde me encuentro. Inclusive intenté llegar a la salida y volver a comenzar. Pero lamentablemente no encuentro ninguna de las que se supone tiene el Banco.

- ¡Pero esto es increíble! Estamos atrapados aquí dentro. -

- No seas tan pesimista. Tal vez encontremos a un empleado que tiene que volver a su casa y nos diga como salir de este embrollo. -

Decidimos que cada uno tomaría uno de los dos pasillos que comenzaban al final de ese pequeño descanso. Así lo hicimos y como si fuera una película repetida me encontré nuevamente subiendo y bajando escaleras y caminando por largos e interminables pasillos.

En una de esas tantas vueltas me encontré con tres hombres y dos señoras. Ellos estaban vestidos de Gauchos. Estaban sentados en el piso tomando mate. Me acerqué esperanzada, aunque algo incrédula por el cuadro gauchesco, por si podían indicarme algo para salir.

- Lo sentimos mucho pequeña. Nosotros llegamos hace un día al Banco por un crédito agropecuario. No pudimos encontrar la oficina que veníamos a buscar y tampoco pudimos salir. Suerte que yo traía el equipo de Mate preparado con un termo de los que se enchufan a la electricidad, no salgo a ningún lado sin el, y estamos tomando algo.

- ¿Querés uno hijita? -

- No, le agradezco. ¿Pero no pasó nadie? - Pregunté desesperada.

- Si te referís a empleados del Banco, no, ninguno. Pero tenemos esperanzas de que en algún momento encontremos a algún mocito de este lugar y nos ayude a salir. Mientras tanto descansamos un poco. -

- ¡Pero esto es inconcebible! ¿Cómo puede ser que nadie de las personas que se supone nos deben indicar a donde debemos ir, no sepan nada de nada?-

- Desde ayer pienso en eso y he forjado dos hipótesis. - Comenzó diciendo el Gaucho que cebaba mate. - La primera es que no tienen idea de la disposición de las oficinas del Banco y por lo tanto se quedan cerca de las salidas para poder regresar a sus ranchitos. La segunda, es que este "inmenso granero" puede estar ubicado en alguna especie de intersección cósmica que hace que, diariamente, las posiciones de las distintas oficinas cambien de lugar en el espacio, y tal vez en el tiempo. -

La verdad no sabía si estaba soñado o era protagonista de una película de misterio.

Saludé a esos extraños gauchos y continué caminando un largo trecho.

Pasados varios minutos llegue a lo que parecía ser un hall muy grande. "Un claro" pensé. Como cuando uno se pierde en un bosque. Me situé en el medio y con todas mis fuerzas grité:

- ¡Cómo puedo salir de este lugar! - Mis palabras retumbaron por las cuatro paredes y se metieron por los pasillos. Como por arte de magia escuché a alguien detrás de mí que me decía en tono ofuscado:

- ¡Señorita no grite! Esta es la biblioteca del Banco y se necesita silencio.- Terminado de decir esto salió por la puerta que tenía detrás cerrándola. Corrí enloquecida tras el empleado y abrí la puerta. Mi desconsuelo fue tremendo. Dentro había otras cinco puertas en abanico y ninguna indicaba cual era la de la biblioteca. Me senté en el piso un rato y sollocé como una bebida. Ya comenzaba a temer que esto no tendría fin y jamás podría salir de ese endemoniado lugar.

Después de un rato, y un poco más calmada, me di cuenta que la persona que había desaparecido, luego de decirme que era la biblioteca, era igual a los dos empleados de Informes, aunque con otro traje.

¿Todos los empleados eran gemelos? Pensé...

Preferí alejar esos pensamientos y trate de tranquilizarme.

- ¿Qué puedo hacer?- Me pregunté a mi misma. Decidida me incorporé, me puse delante de las cinco puertas y apuntando con el dedo índice, elegí de la forma más clásica.

- "DE TIN MARIN DEL DOPINGÜE LA CUCARAMATARA TITIRIJUE" - Cuando el destino eligió una, la abrí y entré. No era la biblioteca, pero al menos, al final del largo pasillo, pude ver a mis "amigos" los ascensores. Tomaría uno hasta la planta baja del edificio y seguramente, desde ese lugar, se me haría más fácil encontrar la salida. Ya, a esa altura, comenzaba a sentir síntomas de claustrofobia. Corrí alegre hacia ellos y al llegar pegué un grito desgarrador. Los dos estaban con el cartelito de "Ascensor en reparación".

Me arrodillé desconsolada. Esto ya era trágico. Para colmo no había ventanas como para poder salir por ellas e intentar ganar la calle como una andinista.

Estuve un rato sentada y al levantarme me apoyé con fuerza en una pared. ¡Oh sorpresa! No era una pared. Era una especie de portón disimulado y al abrirlo había una escalera con un cartel en la pared que especificaba: "Escalera de servicio".

La verdad, me entusiasme bastante. Era mi primer golpe de suerte dentro de ese monstruo insaciable que no permitía escapar a sus víctimas.

Comencé a recorrer las escaleras cuesta abajo.

Según mis cálculos, debía haber bajado entre 15 o 20 pisos, aunque no con mucha seguridad. Durante todo ese tiempo no vi a nadie. Ni empleado,

ni visitante.

De pronto pude observar una puerta. Era la primera que parecía no estar disimulada como continuación de la pared. Abrí la misma y me encontré en una gran sala en donde había mesas y sillones de estilo muy antiguo. Pasé, a pesar de sentir una inquietante sensación de haber viajado en el tiempo hacia el pasado, me acerqué a uno de los sillones y me senté a descansar. Al rato apareció una joven con cara de gran angustia.

- ¿Qué te sucede? - Le consulté preocupada.

- Vine a entregar unos papeles por unos Bonos de la empresa en donde trabajo, es la primera vez que vengo ya que el empleado que se encarga de estos trámites está enfermo. Entré a las 10 de la mañana y todavía estoy aquí sin poder salir. Hace rato que no veía gente. -

- ¿Pudiste entregar los papeles? - Pregunté

- Si. Me perdí al salir de la Oficina. -

- Has tenido más suerte que yo. La esperanza de completar mi trámite la perdí hace rato en no se que pasillo.- Realicé una pausa suspirando y le consulté:

- ¿No pudiste regresar al Departamento y que un empleado te acompañara? -

- No. Porque yo tomé el ascensor, pero se descompuso antes de llegar a planta baja y me hicieron bajar en el piso noveno. En ese lugar encontré un mozo y me dijo que como no tenía casa en donde vivir lo hacía en la cocina de ese piso del Banco. Por esa razón nunca se preocupó en averiguar como hacer para irse. Además, las autoridades ni siquiera le preguntan como es que vive en las Instalaciones. De hecho, me dijo que jamás vio a las autoridades. -

Le pedí a Cecilia, así se llamaba, que nos quedáramos juntas para seguir adelante, haciéndonos mutua compañía. Le comenté mi anterior encuentro con un muchacho y que al separarnos no volví a saber más nada de él.

Mientras caminábamos por los interminables pasillos, estilo laberinto del Rey Minos, recordaba tristemente como esa mañana mi hermano se había ofrecido para ir en mi lugar:

- ¿Querés que lo haga yo el trámite? - Me había preguntado.

- No Esteban. Yo tengo que ir al médico después. Así que me da lo mismo salir un rato antes de casa. -

- En serio. Si querés, voy yo... - repitió insistentemente.

- No. No te preocupes. - Le respondí como bondadosa hermana.

Una inmensa sala circular me regresó a la realidad. Pero lo realmente increíble era que había un mostrador y detrás del mismo...

Un hombre... Y sobre el mostrador... un cartel que decía "Informes".

Corrimos desesperadas hacia él y le preguntamos en tono agradecido:

- Gracias a Dios. Ya no sabíamos que hacer. Llevamos horas sin poder descubrir una salida de este endiablado lugar. ¿Podría indicarnos la salida? -

Una vez que finalice la consulta, me di cuenta que era la misma persona de siempre, con distinto traje. Le iba a consultar, pero preferí no hacerlo. No me inspiraba mucha confianza.

- Como no.- Respondió muy amablemente y con una extraña sonrisa en sus labios. Y agregó: - ¿Me permiten los papeles de salida? -

Creo que no respondimos muy rápido. Miré con ojo clínico al sujeto e intenté averiguar:

- ¿Qué papel? -

- El de salida.- Respondió muy seguro y agregó: - En las oficinas donde estuvieron les entregaron un papel para poder retirarse, firmado por el Jefe de Sección.-

Eso fue el colmo. Exaltada grité con desesperación:

- ¡Qué oficina! Yo no pude llegar a la sección donde me tenía que dirigir y ya no me interesa encontrarla. ¡Sólo quiero salir de este manicomio! -

Cecilia, algo mas calmada, me tomo del brazo para frenarme y en tono conciliador comentó:

- Señor, yo si estuve en el Departamento al cual me habían enviado. Pero el empleado que me atendió no me dio ningún papel. Y tampoco mencionó que lo necesitara. -

- Debe ser un empleado nuevo, señorita, y por tal razón no conoce las estrictas reglamentaciones del Banco. Yo no puedo permitir que ustedes se retiren del Banco sin la debida autorización. - Nos respondió pausadamente y sin quitar de sus labios esa extraña y estúpida sonrisa.

Suspiré profundamente, me calenté mis manos con el aliento de mi boca y en forma lo mas calmada y amable posible le relaté al señor que tenía delante todo lo que me había sucedido desde mi llegada a ese siniestro lugar. Al finalizar mi relato, le consulté, si a él le parecía que después de semejante odisea era necesario que le presentáramos un ridículo papel firmado.

- Lo considero muy necesario señorita. Yo respeto las leyes del Banco y no pienso dar un paso al costado y mirar para otro lado. Hay muchos infractores en este lugar que permiten esquivar las leyes como para que yo me convierta en uno mas. Lo siento pero sin la debida autorización no se pueden ir. Buenas tardes.-

Terminado de decir esto, borro su sonrisa de la cara, se dio media vuelta, abrió una puerta que tenía detrás, salió y cerró de un portazo.

Bien se ve, nos quedamos unos segundos mudas de la sorpresa.

Al reaccionar vociferé:

- ¡No puede ser! ¡Este engendro Anti biológico de ser humano me va a escuchar! Voy a seguirlo y le cantaré unas cuantas.- Cecilia me frenó y con sabiduría oriental me dijo:

- De que te va a servir. Insistirá en sus reglamentos. Con las cosas que hemos visto hoy, ya me parecer verlo moribundo en el campo de batalla repitiendo en un susurro: "Mi número de legajo es 0909 y mi rango Auxiliar de Información. No diré una palabra más según la convención de Bancos firmada en Monrovia".- Miré a Cecilia y no pude menos que reírme. La ocurrencia no estaba lejos de la realidad.

- ¿Qué hacemos ahora? -

- Realmente no lo sé Cecilia. Volver a las oficinas no podemos.

- Obvio. -

- Ni siquiera se donde están las benditas oficinas. Pero tampoco podemos darnos por vencidas. Seguiremos adelante hasta triunfar.- Exclamé con el brazo en alto y riéndome para tratar de ocultar mis nervios.

Seguimos subiendo y bajando por horas, hasta que Cecilia me informó:

- Faltan dos minutos para las cinco y cuarto. Es la hora de salida de los empleados. -

- Es cierto. - Afirmé resignada. - Ya no podré ir al Médico. Tendré que dejarlo para otro día. ¿Tendrán médicos dentro de este edificio? -

- Yo no se como voy a explicarle a mi Jefe que no podía salir, no se... -

En ese momento le pedí silencio a Cecilia. Estaba escuchando algo así como un murmullo distante. Mientras intentaba concentrarme para poder escuchar mejor, observé que un reloj, que estaba en una pared, daba las cinco y cuarto. Realmente, aún hoy, no sé como sucedió.

Por arte de magia comenzaron a salir oleadas de personas de todas partes gritando incoherencias. Lo máximo que llegué a descifrar fue: "Por

fin se termino el día". Sin saber como, me sentí arrastrada por esa marea humana, por esa tromba huracanada que salía en todas direcciones. Perdí a Cecilia, a pesar de mis esfuerzos por mantenerme a su lado.

Estaba casi perdiendo la respiración cuando alcé la vista y me encontré... En la calle... Los empleados, de alguna manera, me habían empujado hacia ella. No se si por una puerta o atravesamos una pared.

Pero estaba a salvo por fin.

Intenté buscar a Cecilia y la encontré a unos pasos de mí.

- ¿Estás Bien? -

- Si, gracias. Estamos afuera... ¿No es así? - Y agregó: - ¿No es una ilusión óptica? -

- No Cecilia, salimos. -

Nos fuimos caminando juntas hasta la parada del colectivo. Antes de doblar en la esquina. Mire para atrás y observé el frente del edificio, del maligno edificio.

Pude ver en la entrada, parado, sonriendo, siniestro, al hombre de informes, ahora con un traje como de portero.

Me estaba mirando fijamente. La sensación fue extraña y quite mis ojos de él, subiendo mi vista hacia el techo y vi un reloj tipo campanario.

Puedo asegurar que el condenado reloj de la fachada se rió.